

él.—¡Oh! decía en sus adentros: ¿no podré trasladarme á Niza...? ¿A Nápoles...? A Roma...? ¿O volver á Inglaterra (1)?

[1] Los textos bíblicos citados en este capítulo son tan conocidos, que es fácil hallarlos en la Sagrada Escritura; casi todos los auténticos de los heresiarcas se hallan en la *Simbólica* de Moehler.

XXXIV.

UNA DESOBEDIENCIA BIBLICA.

Después de despedirse de sir Roberto Smith con la sonrisa en los labios, mistress Needle volvió á su casa llena de irritación. De ningún modo quería conformarse con las vivas razones alegadas por aquel viejo culto y excelente. Sólo pensaba en la indignidad de lanzarse ¡un anglicano! sin freno ni pudor contra un artículo de su propia confesión, y en el riesgo que corría de pervertirse su amado hijo.—¡Demasiado cree Johu sus palabras, como si fueran oráculos...! A lo menos cuando batalla con Julia, sabe que es una papista rabiosa; la oye con desconfianza, se pone muy en guardia, disputa y se defiende con la tizo-

na desenvainada; mas ¿qué puede contra sir Roberto Smith...? Es viejo, tiene autoridad, parla donosamente...; además, ¡como se jacta de ser un anglicano fiel! Según sus palabras, es más ortodoxo que el obispo de Londres... Sí, creedle... ¡Quién me hubiera dicho que este hombre, tan honesto en todo, había de salir tan pésimo...! Se necesita cortar por lo sano. ¡Afuera las conveniencias sociales! La conciencia me lo impone. Diga el mundo lo que quiera: soy madre, y mi obligación es antes que todo.—En estos afanosos pensamientos, la pía mujer extraviada se exaltó por espacio de muchas horas, fantaseando sin tregua expedientes, á fin de impedir que John tuviera familiaridad con sir Roberto Smith. Todos los más enérgicos, los más prontos y los más absolutos le parecían buenos: sólo vacilaba, esperando descubrir uno que fuese radical, pero no ruidoso.

Su primogénito, por el contrario, había vuelto de la visita de Smith edificado altamente de su independenciam, por la que tomaba sólo á la Escritura por guía, y la convertía en regla de fe. La doctrina de la necesidad de las buenas obras parecía también que su óptima madre se la había

enseñado en la práctica con sus infinitos afanes, á fin de alejarlo del mal y disponerlo á la vida buena.—Además, decía, nuestra propia confesión anglicana no se opone, porque dice que las buenas obras se pueden hacer con el auxilio de la gracia. Entonces, ¿por qué nos ayuda Dios para ellas, si con ellas no llegamos á ser justos y amigos suyos...? Si sola la fe justifica, sólo ella se requiere, y no las buenas obras: Dios debía solamente darnos la gracia indispensable á fin de creer, y nada más. Luego, ó las buenas obras sirven de algo, ó nuestros treinta y nueve artículos se contradicen. Por consiguiente, atengámonos á la biblia: fe, sí, pero fe con obras: he aquí lo verdadero y lo justo.—

Parecíale á John ver claro en el asunto, dándose á hojear el Evangelio y las epístolas de San Pablo, para poner en parangón los textos referidos por sir Roberto, y escribir por vía de estudio, como acostumbraba en tales casos, desentrañando y esclareciendo la materia.

En lo más profundo de sus peculaciones, oyó que se abría la puerta, viendo entrar á su madre. Mistress Needle había reunido en su corazón todo el sentimiento del deber, en su cara toda la magestad de ma-

dre, y en sus labios toda la persuasión de la dulzura: venía con el fin de dar un golpe grande. Preguntó con airosa gravedad:—¿Me darías, hijo mio, una prueba de respeto y de obediencia?—

Contestó John, maravillado del solemne exordio:—¿Qué quereis decir?

—Pregunto: ¿estás pronto á lo que me complacería muchísimo, y que deseo además para tu bien?

—Cosa que yo pueda, siempre: ¿quién lo duda, mamá?

—Pues bien, oye; quisiera que precindiésemos ó relajásemos un poco nuestras relaciones con sir Roberto Smith.

—¿Por qué? preguntó John un poco turbado.

—¿No lo adivinas? ¿Te parece oportuno que nos pongamos á trinchar tan libremente sobre nuestra profesión? Me place la libertad de opinión, pero me horroriza la licencia.

—Madre mía, contestó John; creo que conviene saber obrar con aplomo. Sir Roberto Smith no es un calavera, y mucho menos un impío. Verdad es que difiere de nosotros sobre algún punto de los artículos del *Prayer-book*; mas no se aparta un

dedo de la biblia, siendo tan buen protestante como vos y como yo.

—Luego tú, dijo insistiendo la madre, ¿no has comprendido nada de cuanto decía sobre la justificación por medio de la fe?—

John, en actitud respetuosa:—Nunca disputaré con mi madre. Tendrá razón ó no la tendrá; no lo indago, ni lo quiero saber. Mas debéis convenir en que alegaba razones propias de un hombre convencido, dando igualmente pruebas bíblicas no despreciables. ¿Qué será de nuestra celebrada libertad de conciencia si no podemos asentir á lo que juzgamos leer en la palabra de Dios?

—¿Luego tú faltas á tu fe por tan leve oposición? dijo la pobre *pietista*, con un gemido de sincero espanto.

—Aquí no se trata de faltar á la fe, respondió John semiofendido; no creo ir contra mi profesión dejando que otros pacíficamente atribuyan á la Escritura uno ú otro sentido. Hago así lo que hace nuestra Iglesia, que jamás excomulgó á los que no la siguieron en la interpretación de la biblia y de los treinta y nueve artículos. Por ejemplo, los ministros de la escuela de Oxford..

—¿Quieres hablar de los puseistas?—En-

tonces, como si hubiese pisado un áspid, horrorizada y mudando de tono, añadió austeramente:—Si no quieres afligir á tu madre, no me cites como buen ejemplo lo que reputo un escándalo. No mientes á los puseistas sino para despreciarlos cordialmente. Somos anglicanos, esto es, fieles del Alta Iglesia episcopal, sin añadidas ni glosas.

—Sin embargo, creemos todo y únicamente lo que la biblia enseña, dijo John, lastimado del tono demasíadamente de autoridad que tomó su madre.

—¿Quieres tú, pues, replicó mistress Needle con más sobrecejo, separarte de la creencia de la familia?

—Ciertamente no, si la familia es infalible.

—Mas las consideraciones que debes á tu madre...

—Nunca he faltado ni faltaré á ellas. Mas vos propia me habeis puesto cien veces la biblia en la mano, diciéndome que sólo allí está la palabra de Dios; toda en la biblia, y sólo en ella; nunca me dijísteis que vuestro modo de comprenderla fuese infalible.

—Lo sé (dijo la madre afligida, comprimiendo su indignación para salvar á su

caro primogénito del precipicio); nunca pretendí ser infalible; mas las doctrinas que aprendiste de mi, no son mías, sino de nuestros pastores más ortodoxos y de nuestros obispos.

—¡Oh! ¿Son por ventura infalibles?

—No puedes poner en duda lo que cree nuestra Iglesia: ¿pretenderías acaso saber solo más que toda ella?

—Ni aun nuestra Iglesia se juzga infalible: confiesa su propia falibilidad en los artículos XIX, XX y XXI.—

Al oír esta incontrastable y terrible respuesta, la triste señora quedó cortada, y no sabiendo qué razón oponer, quiso ganar lo perdido por las vías de la autoridad y de la súplica:—Dejando, dijo, aparte todo esto, prométeme sólo que no volverás en adelante á casa de sir Roberto Smith.

—¡Cómo! respondió John refunfuñando; ¿hasta el día de ayer sir Roberto Smith era para nosotros un caballero cumplido y un ortodoxo ejemplar: ahora su conversación se trasforma en pestífera, sólo porque no está conforme con nosotros y con vos en un punto de la Escritura? Esta no es la tolerancia que me predicásteis siempre: no la entiendo yo así.

—No será razonable, mas me desplace

que lo visites con frecuencia: ¿me has comprendido?

— ¡Uhm! Lo pensaré. Fué la palabra postrera de John, á quien le pareció injusta la demanda de su madre.

XXXV.

MINA Y CONTRAMINA.

Mistress Needle no se atrevió á insistir más, temiendo acaso que su hijo le faltase gravemente. Retiróse con los ojos llenos de lágrimas, con el espíritu agitado por la cruel tempestad de sus afectos, y oprimida por angustias muy hondas. Atramentábase mucho no haber sabido contrarrestar el argumento de su hijo, y haber tenido precisión de recurrir á su autoridad, sin más fruto que descubrir en él un principio de rebelión, nunca temido anteriormente. ¡Afortunadamente aguardaban de un momento á otro á Julia!

Julia, fiel á sus promesas, llegó de Ná-